

Origen e Historia del Antiguo Obispado Asidonense o la osadía de sumergirse en las fuentes de la Historia Antigua y Medieval gaditanas.

Jesús Caballero Ragel

Se acaba de publicar recientemente por los historiadores jerezanos Eugenio José Vega Geán y Francisco Antonio García Romero, miembros del Centro de Estudios Históricos jerezanos, el libro *Origen e Historia del Antiguo Obispado Asidonense*. Este trabajo continua la labor difusora y divulgativa de los saberes históricos sobre la zona geográfica de la comarca de Jerez, ya empezada hace muchos años por esta institución con numerosas publicaciones. Viene precedido de un analítico prólogo del profesor de historia medieval de la Universidad de Cádiz Rafael Sánchez Saus.

El libro es interesante y atrevido. Es importante destacar las enormes dificultades que entraña el sumergirse en unas épocas donde escasean los datos escritos, donde se entrecruzan las certezas de los hechos históricos ocurridos y las exageradas leyendas, y donde los restos arqueológicos no son, por ahora, lo suficientemente abundantes ni precisos para acercarnos con total rigor a la realidad histórica del momento estudiado. Además, el tema del libro, el origen y vicisitudes por las que pasó el obispado asidonense, puede resultar espinoso respecto a la historiografía tradicional envuelta a veces en polémicas torpes, movidas por pasiones patrióticas y localistas o al servicio de oscuros intereses. Como ya deja dicho acertadamente el prologuista, nos resulta más interesante el libro por el intento de desentrañar las realidades sociales e ideológicas de los momentos históricos que se estudian que por la propia historia eclesiástica en sí, observándose claro está que lo eclesiástico de entonces tenía unas connotaciones mucho más graves en todos los aspectos de la vida del hombre de lo que pueda significar ahora.

La obra no tiene desperdicio alguno para cualquier amante o aficionado a la historia, resultando de enorme interés para los estudios de distintas ramas o ciencias auxiliares de la misma. Podríamos decir que posee un gran interés no sólo para la historia antigua, medieval y de la iglesia en la comarca que trata (los límites del antiguo obispado asidonense), sino también es destacable su interés filológico, arqueológico, epigráfico, artístico, geográfico o numismático, sin observarse intenciones devocionales religiosas como el título de la obra pudiera hacer pensar. Como indican los propios autores en la introducción la finalidad de la obra es sólo científica. También nos aportan una rica y valiosa bibliografía sobre el asunto y la época que se trata. Si a esto añadimos una perfecta estructuración y una brillante claridad expositora el resultado es una obra amena y de fácil lectura.

Origen e Historia del Antiguo Obispado Asidonense es un arriesgado estudio sobre el origen y la evolución del cristianismo en la provincia de Cádiz desde los siglos I al XII. Por tanto, trata desde la introducción del cristianismo durante el bajo imperio romano, la sólida confirmación como religión más importante de la zona durante la ocupación bizantina y visigoda, hasta los sucesos trágicos por los que pasó la mozarabía gaditana durante la invasión musulmana. Para ello, Vega Geán y García Romero tienen como hilo conductor de su estudio la creación y evolución del obispado asidonense hasta su desaparición en el siglo XII con la invasión almohade. De esta manera delimitan el ámbito geográfico a estudiar que se corresponde con el área de influencias del primitivo obispado asidonense que se extendía desde Utrera en la zona más occidental, ya limítrofe con la diócesis metropolitana de Sevilla, la serranía de Ronda por el norte, con Zahara y Ronda la Vieja como puntos más avanzados, llegando hasta San Roque por el sur, incluyendo, pues, toda la costa atlántica de la actual provincia de Cádiz, la campiña jerezana y la serranía de Cádiz.

El proyecto es ambicioso y complicado. Se narran los sucesos que motivaron la traslación del obispado desde su primitiva capital, Asido o Medina Sidonia, a la ciudad de Sheris o Xerez Sadunia en el siglo X, antes incluso de la fitna que dio origen al final del califato. Los autores del libro identifican claramente esta población, citada por los autores árabes y cristianos medievales con el actual núcleo urbano de Jerez de la Fra., algo que como explicaré después no tiene hoy día total confirmación ateniéndonos a criterios arqueológicos. Este hecho conllevó a historiadores locales de los siglos XVIII y XIX a agrias polémicas acerca de lo verdadero y duradero de su traslado.

Siguiendo una metodología común para todo el libro, sus autores, con gran acierto, analizan y estudian las fuentes literarias antiguas, relatos legendarios de los que intentan entresacar lo útilmente histórico que posteriormente asocian o contrastan con una ordenada recopilación de todos los vestigios arqueológicos que tengan que ver con la época. El respeto y consideración que los mencionados historiadores tienen a las ciencias arqueológicas, fundamentales para el estudio y análisis de los hechos que se tratan, es patente durante todo el contexto de la obra.

Comienzan analizando la introducción del cristianismo en la Bética imperial romana. Para ello, registran ordenadamente las religiones existentes en la zona, así como los sincretismos producidos entre las mismas. Concluyen como ya a mitad del siglo I se cita a un obispo en Hispania y por lo tanto debía existir algún tipo de jerarquía eclesiástica. Aún así el culto cristiano debió competir junto con otras religiones durante la época imperial romana por lo menos hasta el siglo V d. C. Asociado al judaísmo, el cristianismo debió de convivir con cultos místéricos muy arraigados de orígenes orientalizantes. Entre estos destacan los cultos persas como el del dios Mitra, los frigios como los cultos a Cibele y Atis, los egipcios como el de Isis y los púnicos como los de Melkart y Astarté. Estos cultos derivarían por sincretismo en divinidades romanas como es el caso del Melkart fenicio que se asimila al Heracles griego y posteriormente se sincretiza en el Hércules romano, cuyo templo gaditano de la isla de Santi Petri fue uno de los más importantes de la antigüedad. Los autores determinan que más que una cristianización jerarquizada desde una cúpula organizada fue una introducción popular a través de viajeros y soldados provenientes de oriente, estando los primeros rituales poco definidos. Para los autores el desarrollo del cristianismo está unido a la romanización.

Centrándose en el hipotético origen del obispado asidonense en época romana, analizan todos los relatos legendarios y fuentes documentales al respecto desde los que confieren mayor antigüedad (traslación de la silla de San Esicio en el 32 d.C. desde Carteya hasta Asido) a bibliografías más modernas que colocan el origen del obispado en el siglo V. Los autores concluyen que no se puede confirmar la existencia del obispado en época romana por no ser del todo fiables las fuentes historiográficas a pesar de que algunas incluso citan el nombre de dos obispos (Máximo y Manucio). Aún así dejan abierta la posibilidad de que desde finales del siglo V pudiese existir el obispado. Realizan también un concienzudo análisis de los restos arqueológicos que constatan cultos paleocristianos de época romana en la provincia gaditana llegando a la conclusión de que a partir del emperador Teodosio (finales del siglo IV) la religión cristiana se generaliza y comienza su estructuración. También analizan los comienzos del monacato considerando que fueron los seguidores de San Paulino y San Agustín las primeras comunidades rurales que desde época bajo imperial se asientan en la Bética.

El segundo gran bloque del libro se corresponde con la épocas visigoda y bizantina (siglos VI-VII). Es en estos momentos es cuando queda clara la existencia del obispado asidonense, así como su extensión que abarca el antiguo *conventus gaditanus*. Se imita la antigua división administrativa romana pero teniendo como nueva capital a la ciudad de Asido, al mismo tiempo que decae en importancia la antigua Gades. Es esta época la que aporta mayor claridad al obispado asidonense. Numerosos documentos conservados en la historiografía

cristiana tradicional, apoyados por numerosos vestigios arqueológicos nos muestran un cristianismo en la zona bien estructurado y definido. Asidonia era sede sufragánea de la sede metropolitana arzobispal de Hispalis. Los autores dan a conocer los obispos que existieron desde Rufino (610) hasta Geroncio (690), último obispo antes de la conquista musulmana. Los obispos de Asidonia controlan ya los monacatos que se habían establecido desde el siglo V, destacando en época visigoda la labor fundadora de San Fructuoso en Asidonia.

Pero la claridad con la que se cuenta para la época visigoda desaparece con la invasión musulmana y otra vez, como en los orígenes, Vega Geán y García Romero se enfrentan a la dificultad de la escasez de fuentes literarias y de escasos vestigios arqueológicos que puedan dar mayor consistencia a sus argumentos. Es quizás en el análisis del obispado asidonense en época musulmana donde los autores muestran su osadía para enfrentarse a las dificultades con las que se encuentran. Ahora los historiadores sí aceptan plenamente la historiografía tradicional, aunque a veces carecen de la existencia de suficientes restos arqueológicos que apoyen sus tesis. La aceptan y asumen siguiendo un criterio que puede ser razonable: se fían de unos historiadores que fueron contemporáneos a los hechos que se estudian. La *Crónica del Moro Rasis y los escritos del siglo XIII* realizados por el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada merecen para los autores el calificativo de incuestionables.

Vega Geán y García Romero analizan y describen la difícil situación por la que pasó la mozarabía andaluza. Los cristianos andaluces se vieron sometidos a un trato discriminatorio y a veces incluso vejatorio por parte de los musulmanes. Conservaron su religión a cambio de fuertes impuestos y limitaciones en su nivel de vida. Las ventajas de convertirse al islamismo conllevaron a una pérdida importante del número de mozárabes. Respecto al obispado, que subsiste en un ambiente de escasa tolerancia, los autores destacan la decadencia de Asidonia, sobre todo tras la razzia normanda de 844, lo que trajo consigo el traslado de la capitalidad de la Cora a Sheris en el siglo X, una vez que había fracasado el intento de crear una nueva capital en Calsena. Con el traslado de la capitalidad se trasladó también el obispado.

He aquí que nuestros historiadores se enfrentan a un nuevo problema: el oscuro origen eje Jerez de la Fra. Vega Geán y García Romero habían concluido la existencia de *Ceret* en época romana como una población de relativa importancia como para acuñar monedas y que tal vez no se correspondía en su ubicación plenamente con el casco viejo de la actual Jerez sino con una zona del contorno¹. Sin embargo, identifican Sheris o Xerez Sadunia con el actual núcleo urbano de Jerez sin otorgar ningún margen de posibilidad de que esta población estuviese también en los alrededores. Para ellos es clara la existencia de la ciudad en el siglo VIII en el mismo lugar que hoy ocupa, siguiendo las teorías de la historiografía tradicional y las más recientes de Collantes de Terán y Repetto Betes. Sin embargo, las tesis arqueológicas no pueden confirmar estas hipótesis², pues en el núcleo urbano intramuros de Jerez no se han encontrado restos arqueológicos más antiguos del siglo XII, lo que puede poner en duda que la *Ceret* romana o la Sheris musulmana se encontrasen en el mismo núcleo poblacional que hoy ocupa Jerez. La propia *Asta Regia*, en plena decadencia durante toda la etapa musulmana, según las fuentes literarias que apenas la citan, presenta fácilmente entre sus estratos vestigios arqueológicos que van ininterrumpidamente desde el neolítico hasta el siglo XII (le nuestra

¹ Ver la interesante conclusión de los autores en p. 65, nota 14a en la que se siguen diversas fuentes: Marcial, Columela, Chic, Pemán.

² Ver PAVÓN MALDONADO, Basilio: *Jerez de la Fra.: Ciudad Medieval. Arte Islámico y Mudéjar*. Jerez, 1978, p. 3; y también GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Rosalía: "Panorama de la investigación arqueológica de Jerez de la Fra.", *Actas de las I Jornadas de Historia de Jerez*, p. 18: *Es preciso, por tanto, acometer proyectos generales de investigación, que permitan aclarar numerosas dudas e interrogantes que existen, tanto sobre la propia ciudad -respecto a la que han girado hipótesis más o menos brillantes, pero sin comprobación arqueológica alguna... (Jerez, s.l./s.f.).*

era. Para Vega Geán y García Romero a partir del siglo X Jerez recibiría una importante población convirtiéndose en la nueva capital de la Cora lo que provocó el traslado M obispado hacía Jerez, lugar en donde estuvo hasta 1146. En este año se constata la huida del obispo asidonense a Toledo evitando así la nueva invasión almohade. Finalizó de esta forma la existencia de la comunidad mozárabe asidonense que quedaría dispersa y sin jerarquías.

Analizan por último los autores las características del cenobitismo árabe y mozárabe que tuvieron algunas coincidencias, así como el análisis de algunas herejías, como la de Migeccio, fácilmente explicables por el clima de aversión que sufrió la comunidad mozárabe. Acaba el libro con una breve conclusión en la que los autores rinden homenaje a las comunidades mozárabes que tuvieron que pasar las vicisitudes de la historia.

En definitiva, *Origen e Historia del Antiguo Obispado Asidonense* es un buen libro de historia, atrevido y valiente, donde sus creadores se han entregado con entusiasmo a desentrañar los acontecimientos que sucedieron en unas épocas y en una zona donde la historiografía es oscura, inmersa en las leyendas, y donde la arqueología todavía tiene mucho que decir y aportar para corroborar o desmentir las diversas teorías. Seguro que se convertirá en bibliografía básica a citar por aquellos que también se atrevan a adentrarse en estas épocas aún sombrías. El problema de sumergirse en la historia antigua y medieval gaditana es que a veces se corre el peligro de poner luz en las oscuridad del tiempo pasado al mismo tiempo que se crean nuevas sombras y dudas que antes no se veían y ahora nos preocupan. Quizá, con esta valentía que han demostrado Eugenio Vega Geán y Francisco Antonio García Romero es como la historia avanza y se mantiene más viva que nunca.